

El Hombre Económico Dentro de la Sociedad

Ernesto S. Maurer

(Fragmento, Parte final de la Conferencia presentada por el Sr. Ernesto S. Maurer, Director General del Instituto Maurer, S. A. ante la Asociación de Ejecutivos de Ventas y Mercadotecnia de México, A. C.).

Ven ustedes, cuando el funcionario público se auto adjudica la representación del pueblo en lo moral y condena, como lo hemos oído recientemente con cada vez mayor frecuencia, al empresario que busca el progreso de su empresa, y le exige que sacrifique su interés personal para dedicarse a una mal definida función social, lo socio-centrado, representado por el funcionario. está condenando a lo egocentrado de la misma manera en que el tribunal de la Inquisición condenaba a los supuestos herejes, aplicando criterios morales definidos por el tribunal mismo y a los que el acusado nunca ha otorgado su consentimiento.

En la historia humana son muchos y variados los casos en que la sociedad ha victimado al individuo. Por eso la mayor parte de las leyes del mundo civilizado está consagrada a defender al individuo contra el grupo, la sociedad, el estado.

Iluminemos el mismo fenómeno desde otro ángulo, mediante un ejemplo que da Ayn Rand: Si observamos a un zapatero, no encontramos la menor dificultad en concluir que está trabajando para ganarse la vida; pero muchos funcionarios y economistas, dominados por el principio tribal, socio centrado, declaran que el propósito y el deber del zapatero es proveer de zapatos a la comunidad. En la mente de ese funcionario o economista, lo que produce nuestro zapatero forma parte de la producción nacional, o hasta del producto nacional bruto, y entonces el funcionario se dispone a redistribuir con llamada justicia social el producto del zapatero del ejemplo.

Quizá nuestro humilde zapatero nos ayude a comprender cuán absurda es la tesis de la redistribución de la riqueza.

Cito a Ayn Rand: «Los economistas incluyendo los partidarios del capitalismo definen su ciencia como el estudio de la dirección o la gerencia o la organización o la manipulación de los «recursos» de una «comunidad» o de una nación.

La economía política es, en efecto, una ciencia que arranca a medio camino. Observa que los hombres producen y trafican, y da por supuesto que siempre lo han hecho y siempre lo harán; acepta esto como un hecho, dado que no requiere mayores consideraciones, y se entrega al estudio del problema de cómo descubrir el mejor modo de que la comunidad disponga del esfuerzo humano». Termina la cita de Ayn Rand.

Cuando el funcionario impide que el zapatero o cualquier otro ser productivo disponga libremente del producto de su trabajo, cuando castiga con impuestos ascendentes al que más zapatos produce que otros, cuando redistribuye el producto del que produce más que

otros, entonces el zapatero, el hombre, deja de producir. Entonces hay atonía. Para ejemplos dramáticos, asomémonos a Cuba, Chile, y a tantos otros países donde el funcionario no comprendía que el hombre no es una especie de vaca lechera que produce leche por el sólo hecho de existir. El ser humano sólo produce mientras quiere, nunca por coacción. Deja de producir en el momento en que ser el beneficiario de la llamada redistribución de la riqueza es más cómodo que ser víctima de la misma redistribución. El producto del ser humano no es un recurso tribal o nacional. Existe por obra y gracia de la voluntad creadora del individuo. Es parte de su vida. Es propiedad inalienable de su creador y no está sujeta a redistribución.

Volvamos al caso del funcionario que regaña al empresario por perseguir su interés personal, el lucro, en lugar de sacrificarse en aras de un supuesto interés social, por ejemplo el de crear empleos. ¿Qué sucede en el fuero interno del empresario regañado?

Aunque cree muchos empleos, nunca podrá crear todos los que se necesitan. Por consiguiente, el funcionario público lo seguirá regañando. En consecuencia, el empresario, que es brillante, dinámico productor... pero muchas veces ignorante e ingenuo en cuestiones de economía se frustra, se siente culpable y se da de golpes de pecho en señal de arrepentimiento. Y, como no ha comprendido que lo social, representado por el funcionario, lo está victimando, el empresario frecuentemente se convierte en prisionero de sus propios sentimientos de culpabilidad.

Los psicólogos dicen que el sentimiento de culpa es el conflicto más destructivo que el individuo puede padecer. Lo paraliza. Lo enferma. Lo puede llevar hasta el suicidio.

Hay entre los empresarios y entre los ejecutivos, muchos que padecen sentimientos de culpa por su éxito personal. Son hombres y mujeres de buena fe. Los caracteriza una delicada sensibilidad. Pero buscan la aprobación de los demás a través de la defensa y propalación de ideales sociales mal definidos, porque nunca han aplicado el raciocinio al sereno y frío análisis de sus actitudes.

Los invito a que lo hagamos juntos durante los próximos minutos.

Voy a ponerles un punto de partida para el razonamiento, pero en forma de meta por realizar. Propongo que dicha meta sea: El bienestar de la humanidad.

¿Cómo realizar el bienestar de la humanidad?... La humanidad es la suma de todos los seres humanos, y siendo la cooperación del hombre con el hombre el principal factor para la eficaz realización de cualquier obra, inclusive la del bienestar general, debemos entonces encontrar la manera de lograr que el hombre coopere con el hombre.

Estamos hablando de la cooperación del hombre singular con el hombre singular. ¿Por qué? Fijemos este punto perfectamente bien en nuestra mente: El hombre individual, con su talento, su raciocinio, con sus motivaciones muy personales, es el único recurso básico sobre la tierra. Hay algunas personas que hablan de depósitos minerales y de tierras feraces, etc., como recursos básicos. Si estuvieran en lo cierto, la América Latina, que

dispone de espacios y minerales en abundancia, debería ser el paraíso del hombre. Pues no lo es... El único recurso básico es el ingenio, la inteligencia, la motivación del individuo. Toca pues, encontrar una manera de poner a trabajar a ese individuo para el bienestar de la humanidad.

Claro que nos encontramos con la dificultad de decidir qué es el bien o el bienestar de la humanidad. ¿Qué, cuánto, para quién y para quién no, dónde y dónde no, en qué orden, antes de que, después de que, por cuánto tiempo, por quién, por qué, a qué precio?

Hay dos caminos, como todos sabemos: Uno... el dirigista, basado en la tesis de que el individuo es el promedio de muchos y que por consiguiente el gobernante podrá, mediante simple operación aritmética, determinar qué se necesita para asegurar el bienestar del pueblo. El otro punto de vista descansa sobre la base de que el individuo es uno y nunca un promedio, que el individuo es el único recurso energético básico en existencia y que la energía no se puede crear sino sólo liberar.

Como consecuencia, esta tesis, la de la economía social de mercado, la de la mercadotécnica, admite que cada individuo decida lo que necesita para conquistar su bienestar personal, ya que el bienestar individual real hará el bienestar real de la nación. Esta tesis libertaria libera la energía creadora del individuo, la única energía básica existente, para conquistar lo que para ese individuo en particular significa bienestar.

Y aquí viene la esencia de la cuestión: En la economía social de mercado, en la que cada individuo busca su propio bienestar, dentro de la libre competencia, nadie puede recibir más de lo que da. Cada quien tiene que dar satisfacción para recibir satisfacción.

Entonces si, como dijimos antes, el meollo de la cuestión está en encontrar la manera de poner a trabajar al hombre por el bienestar de la humanidad, si proclamamos ese principio honestamente, entonces no queda otro camino más que el de la economía social de mercado en la que cada individuo, a cambio de satisfacciones libremente vendidas y libremente compradas, realiza su propio bienestar y el bienestar de los hombres que con él comercian.

¿Debe entonces el hombre que alcanza el éxito sentir vergüenza de su triunfo? ¿Debe sentir que tiene algo porque se lo quitó a otro? ¿Debe admitir que sus bienes sean motivo de redistribución? Qué preguntas tan absurdas. Al contrario, el hombre productivo, el atlante económico, debe sentir orgullo de su triunfo, y la sociedad debe honrarlo como el prohombre que es, como héroe del servicio social al consumidor libre que premió al productor con riquezas por haberle servido bien.

Pero Ernesto, me dirá alguno de ustedes. Estás defendiendo al capitalismo, el nefasto, explotador capitalismo. Sí estoy defendiendo el capitalismo, pero sin los calificativos mencionados que tan frecuentemente se le cuelgan.

Cito a George Templeton:

«Una de las consecuencias de no definir bien el principio básico del capitalismo es la imposibilidad actual de distinguir entre LIBRE EMPRESA y el principio del ESTATISMO. Por eso, el capitalismo es culpado por los males causados por la abolición *del capitalismo*, la intervención gubernamental para promover monopolios coercitivos.

«La batalla en el mundo actual es entre los hombres que se ganan los valores y los hombres que buscan lo que no se ganan.

Entre los hombres que desean negociar con hombres mediante el comercio y los que aspiran a negociar por la fuerza; entre el tipo de hombre de empresa u obrero que busca ganancia mediante habilidad productiva honesta y el que busca ganar a base de favores políticos: Mediante franquicias, subsidios, tarifas, exenciones, sindicalismo obligatorio, leyes de salario mínimo y otros favores y códigos gubernamentales».

«Hoy los hombres han perdido el conocimiento de lo que es el capitalismo, cómo funciona y cuáles son sus logros. La verdad acerca de su naturaleza y su historia ha sido ahogada en una ola de falsedades, distorsiones y casi universal ignorancia. Apenas hace un par de décadas que empieza a haber un movimiento serio entre historiadores y pensadores para corregir muchos de los monumentales errores actuales, en la literatura que se supone describe lo que fue el capitalismo del siglo pasado. Casi todo el mundo hoy considera axiomático que el capitalismo da como resultado la explotación del pobre, que lleva al monopolio, que necesita de períodos de depresiones, que inicia guerras; que se resiste a elevar el nivel de vida del obrero; que ese ascenso en la calidad de vivir del trabajador fue resultado no del capitalismo sino de los sindicatos y de una legislación obrera humanitaria. Ni una sola de estas suposiciones es verdad. Pero constituyen uno de los alimentos más comunes de las mentes jóvenes y viejas en nuestra cultura».

Termina la cita de Templeton.

Hablamos al principio de los conflictos entre lo egocentrado y lo sociocentrado. La economía social de mercado, el capitalismo, es el único sistema de convivencia en que este conflicto desaparece. Porque en él el interés del prójimo es congruente con el interés del individuo, a través del mecanismo autoajustante del mercado. Por eso este sistema se ha llamado la economía social de mercado.

La tesis opuesta, llámese dirigista, socialista, intervencionista, no ha comprendido o no ha querido comprender que en la economía social de mercado el individuo se beneficia en función y en proporción al beneficio que otorga a otros. La tesis dirigista, socialista, intervencionista ve en el beneficio personal una explotación del prójimo. ¿Seremos tan ingenuos de creer que quien inventa un motor y se hace rico, se enriquece a expensas de quien no lo inventó? ¿Seremos tan ciegos de pensar que el lustrador de la Alameda que me da lustre se enriquece a mis expensas?

Limitarse a una utilidad razonable, no buscar el lucro, son algunos de los slogans que a diario oímos. Pero razonemos: Si la utilidad que obtengo es simplemente un reflejo proporcional de la utilidad que otorgan un sistema de libertad de consumo y de libre

Competencia ¿por qué he de limitar mi utilidad? Si obtengo el lucro a cambio de un servicio igualmente valioso en un sistema de libertad de consumo y de libre competencia ¿por qué no he de buscar el lucro? Hago la pregunta a todos ustedes... Si utilidad obtenida es igual a utilidad otorgada, si el lucro obtenido es igual al lucro otorgado, ¿no debo, por *conciencia* social, buscar la máxima utilidad, el mayor lucro?

¡Pero cuidado! Este planteamiento es falso, engañoso, fraudulento, en el momento en que el sistema social de mercado ha sido falseado, en el momento en que el consumidor no es libre de escoger satisfactor o proveedor, o en que el productor no es libre de producir y vender.

Si la riqueza de un hombre no tiene su origen en el premio que el consumidor libre otorga al que mejor le sirve, si la riqueza del hombre le fue otorgada no por consentimiento sino por compulsión, entonces estamos ante un caso de riqueza malhabida, aunque su detentor sea o haya sido funcionario exaltado de la nación.

Cito nuevamente a Ayn Rand: «Observad el dinero. El dinero es el barómetro de las virtudes de una sociedad. Cuando notéis que el comercio se efectúa, no por consentimiento sino por compulsión; cuando veáis que para producir necesitáis permiso de quienes no producen nada; cuando observéis que el dinero afluye hacia quienes trafican no en mercancías sino en favores; cuando veáis que los hombres se enriquecen más por el soborno y por las influencias que por el trabajo, y que las leyes no os protegen contra ellos, sino que, al contrario, son ellos los protegidos contra vosotros; cuando observéis cómo la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en sacrificio, podéis asegurar que vuestra sociedad está condenada».

Termina la cita de Ayn Rand.

Al principio de esta plática hablamos de esos dos focos de poder en el ser humano. El egocéntrico y el sociocéntrico. Mencionamos que estos dos focos tienen su origen en el nacimiento de la especie, en la incipiente aurora de la conciencia intelectual del hombre. Están ubicados en las profundas capas del subconsciente, acerca de los instintos y las emociones, y están interconectadas con estos últimos.

Mucho, mucho después se desarrolló el raciocinio, en un proceso lento, accidentado y laberíntico. Todavía hoy el homo sapiens lo es en muy pequeña escala.

El hombre todavía es, en la mayor parte de sus actitudes y actos, un ser instintivo y emotivo. Con qué rapidez se conmueve al ver una película sentimental. Con qué facilidad se enardece ante una afrenta.

El ser humano no razona mucho, ni con frecuencia. Pero sí siente y actúa instintivamente, y sus emociones e instintos están firmemente anclados a aquellos dos centros energéticos en su subconsciente, que son el egocéntrico y el sociocéntrico.

Podríamos llamarlos el instintivo y el emotivo. De ahí que las apelaciones emotivas a la conciencia social, al amor al prójimo, al sacrificio del interés personal en aras de un ideal social, sean tan profundamente satisfactorias para la mayoría que se limita a sentir en vez de razonar. De ahí que la doctrina de la economía social de mercado, que es una tesis razonada, no sirva para enardecer a las masas desde el atril de la Cámara de Diputados ni desde esta muy honorable tribuna.

La doctrina que repudia al que se enriquece, es una doctrina que hace vibrar las emociones de misericordia del que sólo sabe sentir. Y entonces éste enarbola la bandera de la justicia social de la redistribución de la riqueza.

Pero nosotros, en nuestra calidad de ejecutivos, de ciudadanos conscientes, no podemos parar ahí. Tenemos que razonar, tenemos que definir e instalar el remedio necesario para resolver el problema de la pobreza, de la insalubridad y de la ignorancia. Ese remedio no es el de castigar al productor por ser productivo, no es el de frenar al veloz para repartirles a los lentos, no es el de crucificar al empresario que gana porque sirve.

Tenemos que analizar, por la obligación que nos impone nuestra investidura de dirigentes, con incondicional consagración a la verdad, cuál deberá ser el camino a seguir para que desaparezca la miseria, la insalubridad y la ignorancia. Y, apartándonos de estériles sentimentalismos, llegaremos a la conclusión de que:

El bienestar de la humanidad está en el bienestar del individuo.

El individuo es uno y no el promedio de muchos.

El hombre sólo alcanzará su bienestar mediante la cooperación del hombre.

El hombre es el recurso energético básico y, como toda energía, sólo puede ponerse en acción liberándose y no coaccionándosele.

Es difícil razonar. Es una penosa búsqueda de la verdad, con sólo la inteligencia y la honestidad como luz en un oscuro universo poblado de instintos, emociones y supersticiones. Es incómodo razonar, porque el hombre está condenado a razonar a solas. Nadie puede razonar por otro. Las emociones y los instintos, sin embargo, son gregarios. Es maravilloso entregarse en grupo a las emociones y a los instintos.

¿Entonces, podemos realmente culpar al político, al líder obrero, que necesitan de las masas, si en vibrante tono lleno de emotividad reclaman a atlante su poderío y alaban y enaltecen a la masa de hombrezuelos? ¿Debemos realmente enjuiciar a esos líderes que sencillamente se encuentran frente a una disyuntiva que excede de su capacidad de discernimiento? ¿Debemos asumir la postura cómoda y seguramente aplaudida de también unirnos a la emotividad, ofrecer el óbolo de una parte de nuestro patrimonio y enlistarse en el ejército de los que mandan su dinero a Suiza y hablan de la redistribución de la riqueza? ¿O debemos virilmente analizar cuál es el camino verdadero para desterrar la pobreza, la insalubridad y la ignorancia?

Tengo la esperanza, la angustiada esperanza, de que el dirigente mexicano razonará y llegará a la conclusión de que el único camino de la salvación es el de esforzarse más para satisfacer más a más consumidores para tener más utilidades, para poder contratar a más y mejores empleados y comprar más y mejor equipo para satisfacer más a más consumidores, y, así, en un círculo virtuoso en el que se funde la alegría de triunfar con la satisfacción de servir.

Cuando hayamos, cada quien en su campo de actividad, emprendido este camino hacia la verdadera solución de los problemas que agobian a nuestro pueblo... Cuando nos hayamos desprendido de los ropajes de simulación sentimentalismo de la llamada justicia social, entonces sí podremos enfrentarnos a aquellos políticos que son demagogos y a aquellos periodistas que son tendenciosos y aclararles con la serenidad que, de la verdad, que la dádiva o la promesa imposible de realizar, que las mixtificaciones económicas y las calumnias fáciles arrojadas a los atlantes, nunca en ninguna parte han forjado una patria mejor.

Entonces sí, si los atlantes verdaderos de nuestra nación, aquellos hombres y mujeres que producen más de lo que consumen, ustedes y otros que hoy no nos acompañan, si esos atlantes discernen en clara visión que el triunfo personal logrado por consentimiento del consumidor, es honroso porque es premio al servicio, entonces estaremos forjando un nuevo México en el que las batallas se librarán en el mercado, buscando la libre preferencia de un consumidor libre, y no en Tlatelolco ni en la Sierra de Guerrero, donde la frustración con la simulación y la mentira piadosa hacen explosión.

Muchas personas viven en la esquizofrenia. Por un lado luchan cada día por vender más, por mejorar su producto y sus sistemas de trabajo. Buscan nuevas maneras de reducir mano de obra y gastos en general, haciendo así esfuerzos a veces heroicos por sobrevivir a pesar de la competencia, de los impuestos, de la atonía. A fines del ejercicio, en el balance del año, miden la eficacia de los esfuerzos hechos durante el año con el porcentaje de utilidades que hayan logrado. Muchas asambleas de accionistas son sesiones lúgubres de autoanálisis y de promesa de mayores esfuerzos. Algunas asambleas, pocas, son reuniones de felicitación mutua por los resultados logrados. Así, en nuestra vida diaria de empresarios, vivimos en cada proyecto que ideamos, en cada cheque que firmamos, en cada uno de los miles de esfuerzos diarios, la búsqueda tenaz del mejor servicio, de la mayor eficacia, para lograr la tan elusiva utilidad. Eso por un lado. Eso en nuestra calidad de atlantes, sostenes económicos de la humanidad, productivos seres de razón.

Por el otro lado, y aquí es donde radica la esquizofrenia de nuestra existencia, de cara al público, hacemos exhibicionismo de servidores desinteresados, generosos creadores de empleos, dadivosos sembradores de canonjías obreras y consagrados pagadores de impuestos. Aceptamos con aplausos los regañíos del funcionario público y de compañeros empresarios que nos reclaman mayor conciencia social y nos echan en cara que debemos crear 650,000 nuevos empleos al año, acudir al campo para rescatar al ejidatario de la miseria, reconquistar el mercado fronterizo, acudir a resolver el problema de que hay 4.000,000 de niños sin escuela, evitar el alza de precios, exportar para equilibrar la balanza

de pago, evitar el contrabando, etc., etc., en una cacofonía ensordecedora de demandas cada vez más perentorias y so pena de que si no lo haces voluntariamente, las fuerzas demoniacas del cambio social te exigirán cuentas.

¡Basta! Aquí quiero plantar mi bandera. Aquí quiero formular mi credo. Ante el raciocinio de ustedes. Colegas ejecutivos, el individuo productor, el atlante económico, no es el responsable de la creación de 650,000 empleos al año, ni de la miseria en el campo, ni del mercado fronterizo, ni de la insuficiencia de aulas, ni del alza de precios, ni del desequilibrio de la balanza de pagos, ni del contrabando, ni de muchas otras cosas.

Pero al atlante, el hombre productivo, sí es el único elemento capaz *de resolver* estos trascendentales problemas sociales.

Hay funcionarios y, tristemente, empresarios y ejecutivos que creen que la pobreza, la insalubridad y la ignorancia van a desaparecer con la varita mágica del decreto gubernamental. Otros fincan sus esperanzas en lo que ahora se llama el sector público. Ven con satisfacción que el sector público invertirá 40,000 millones de pesos en 1973, contra 50,000 del llamado sector privado.

Pero, estimamos colegas, ¿qué no nos damos cuenta que el sector público como inversionista NO EXISTE? ¿No nos damos cuenta que el sector público *no es productivo*, no genera recursos? Se los quita al sector privado en forma de impuestos, ya que el sector privado es el único productivo. Entonces, repito mi aseveración de hace un minuto: El único elemento capaz de resolver los enormes problemas sociales que agobian a esta nación y en mayor o menor escala a todas las naciones del mundo, es lo que se llama ahora el sector privado, pero que no es otra cosa que el conjunto de todos aquellos hombres y mujeres que consciente o intuitivamente han hecho suyo un credo, una moral, que propongo a ustedes con la esperanza de que el ejecutivo de México la haga suya. Son tres puntos:

1.Siempre produciré más de lo que yo consuma, para que haya sobrante que enriquece y no faltante que empobrece.

2.Siempre produciré aquello que merezca el consentimiento libre del consumidor. Que nunca se violen los derechos del consumidor mediante sistemas de coacción económica, cierre de frontera, monopolios estatales y tantos otros mecanismos demagógicos que sólo empobrecen a la nación y fomentan la corrupción.

3.Siempre aceptaré ser juzgado no según la magnitud de mi esfuerzo ni de mis necesidades, sino según el monto de las utilidades que yo genere, para que nunca mi pobreza se convierta en un mazo para despojar al que supo producir más que yo.

No es un credo cómodo. No es una bandera que captive a las masas ya mencionadas por la incesante reiteración de slogans falsos de redistribución de la riqueza y la Justicia social. No es una postura que será aplaudida mañana en la prensa.

Pero es, sin estridencias demagógicas ni componendas acomodaticias, el único camino para rescatar a la nación de la miseria, de la insalubridad y de la ignorancia.

Pero, como camino que es, no se realizará solo. Hay que emprenderlo. Como primer paso, como decisión a la acción, los invito a que adoptemos juntos el credo que encierra la gallardía del hombre atlante:

Siempre produciré más de lo que consuma, para: que haya sobrante que enriquece y no faltante que empobrece.

Siempre produciré aquello que merezca el consentimiento libre del consumidor. Siempre aceptaré ser juzgado, no según la magnitud de mi esfuerzo y de mis necesidades, sino según el monto de resultados que yo genere para que nunca mis pobreza se conviertan en un mazo para despojar al que supo producir más que yo.